



EL FANTASMOCOPIO

Carlos Enrique Freyre



El Fantasmocopio

CARLOS ENRIQUE FREYRE



De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño Editorial Planeta Perú

El fantasmocopio
©2018, Carlos Enrique Freyre

© 2018, Editorial Planeta Perú S.A.
Bajo su sello editorial Destino
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: noviembre 2018

ISBN: 978-612-4249-24-2
Libro electrónico disponible en www.libranda.com

Índice

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Francis Fahlman OFM, mi mentor

Locura tal vez, locura grande, querer penetrar en el misterio de ultratumba, locura querer sobreponer a nuestras imaginaciones, preñadas de contradicción infinita, por encima de lo que una sana razón nos dicta. Y una sana razón nos dice que no se debe fundar nada sin cimientos, y que es labor, más que ociosa, destructiva, la de llenar con fantasía el hueco de lo desconocido.

MIGUEL DE UNAMUNO

Uno

Otra vez, de pie frente al amor de su vida, María Estela recordaría uno a uno los detalles del día en que la historia del mundo se desvió al fondo a la derecha. Como de costumbre, abrió los ojos pardos antes de que el alba le ganara la partida a la noche y brincó por el lado derecho de la cama para caer exactamente sobre las sandalias de baño. Se retiró el pijama que dejaba entrever la fisonomía montaraz de su cuerpo contorneado por un pincel y comenzó con la misma rutina patética de los últimos dos años de su vida, adquirida como reportera del canal de televisión más importante del país. Vivía adherida a un cronómetro de competencia atlética.

Se quedaba sin pijama, sin sostén y sin calzón en treinta y seis segundos, y entraba a la ducha en otros veinte. Se lavaba el cabello en tres minutos con cuarenta y cuatro, se jabonaba el cuello en veintisiete, los senos pálidos y la espalda en un minuto doce, el vientre de tablero con el pubis ralo y el sexo en otro minuto con veinte. En las piernas largas de tallo vegetal y en los pies, número treinta y cinco en zapatos y treinta y seis en zapatillas, se tardaba tres minutos cincuenta y cinco. A veces redondeaba a cuatro. Se enjuagaba la humanidad en un minuto treinta y tres, de tal manera que trece minutos y siete segundos después se colocaba la salida de baño para acicalarse. Casi a los veinte minutos estaba lista y exacta, bajando la escalera y doblando en dirección a la sala.

Abría el refrigerador, tomaba la ración habitual de yogurt de fresa, el pan dietético y la margarina integral menos-calorías y los engullía para sobrevivir hasta hallar, durante la mañana, una rendija prudente de tiempo en que pudiera degustar el desayuno caliente. Impulsada por el mismo cronómetro interno, salía con dirección al automóvil, lo encendía para preparar el motor, abría la puerta de la cochera, prendía la radio para enterarse de las novedades de la madrugada y, muy independiente y cosmopolita, lanzaba el cartapacio con las notas para el día en el asiento del copiloto. A las cinco de la mañana, el tráfico en la ciudad de Lima era nulo. Los únicos que habitaban las pistas húmedas de rocío y pena eran los taxistas lechuceros a la caza de trasnochadores, los trabajadores de lo oscuro, sus viciosas variantes vernaculares y la neblina come-gente. Enrumbaba a setenta por hora, tomaba la avenida de siempre, giraba en las mismas esquinas, frenaba en los mismos rompemueles y se bamboleaba en los mismos baches.

A las cinco y diez en punto, el automóvil rojo estaba entrando en el parqueo para trabajadores del canal. El edificio verde tenía la forma de un adoquín de cuatro pisos. Con buen clima, se podían ver los paneles con las fotografías de los hombres y mujeres de la televisión, aliñados y maquillados perfectamente, incluida ella misma en su versión más sensual, más coqueta y menos creíble. Pero la neblina, siempre la neblina, omnipresente y cabal, ocultaba el amanecer y derruía los crepúsculos. Saludó de memoria al vigilante marrón, a la recepcionista límpida detrás del mostrador y subió la escalera, contando también los segundos hasta arribar de golpe a la oficina del barbudo director periodístico que, besito en la mejilla —medio en serio, medio en broma—, le decía «Hola, amor», rogando porque un descuido o un resbalón logran inmiscuirlo entre sus bellas piernas. Sobre una pizarra acrílica tenía escrito al detalle con flechas y abreviaturas las atrocidades programadas para el día. Calculó la demora de sus instrucciones con el péndulo de acero que se había construido a fuerza de ejercer la rutina, el mismo con el que se gobernaba la vida y

que había asesinado con ataques de minutos y segundos de distinto calibre a un novio en las sombras y a un pretendiente contumaz que no pudo sobrevivir a las ráfagas del cronómetro.

«La huelga del día promete violencia, amor», le dijo el director. En alguna comisaría de la capital, un grupo de policías preparaba una abundante cantidad de bombas lacrimógenas, varas y proyectiles de goma; mientras que en la otra esquina, y en la categoría de peso pesado, piquetes de trabajadores preparaban piedras, palos y fierros en auténtica señal de democracia nacional. El barbudo sabelotodo de la noticia, sabueso de la información con rating, señaló con el índice mediático y le advirtió con su sonrisa:

—Ahora sí, amor, no vale llorar.

Los policías, cascos, lanzagranadas, escudos, chalecos y equipos antimotines estaban en sus puestos, esperando la aparición de los manifestantes correctamente organizados en jaurías. María Estela debía estar a la expectativa desde algún lugar estratégico, esperando el inicio de la contienda. Bajó con el equipo técnico hasta la puerta del canal, derrochando palabras. Impartió órdenes e indicaciones: mujer de carácter, aspirante a matrona televisiva, creía que algún día se encaramaría en ese pedestal a base de fuerza de voluntad adicional, poco alcohol y pastillas de *ginseng* tratado en laboratorio. El chofer, los dos camarógrafos y el asistente vivían acostumbrados, cada uno a su modo, a esas diatribas sin trascendencia ni inflexiones y al cronómetro asesino que les quebraba los huesos, con combinaciones pugilísticas del segundero. Estaban por trepar a la camioneta que los llevaría hasta la noticia, cuando el hombre negro vestido de lila apareció de la bruma, como si esta lo hubiera vomitado. Era un negro delgado y áspero, exorcizado por el amanecer. Se llamaba o le decían don Cristo Moreno y tenía tanta autoridad en sus ojos ígneos que ella, particularmente, se sintió paralizada en el momento en que le cerró el paso:

—Vengo en el nombre de Dios y de su prima Gianina Robinson.

Con el tiempo y completamente enamorada, volvería a recordar una y otra vez ese pequeño episodio que contabilizó en el mecanismo de su corazón y que dio inicio a que el destino del mundo se fuera al fondo a la derecha.

—Hace años mi prima Gianina Robinson falleció.

—Por eso. Un milagroso inventor la espera para que converse con ella.

—Váyase al diablo —María Estela tomó aire, el cuerpo se le erizó, adoptando la pose *mujer aguerrida defensora de la libertad de prensa*—. ¿Por quién me toma?

—No la tomo por nadie, porque usted no es agua. Lo que sí le digo es que si no cree en lo que le digo, habrá otra persona que lo hará y después no se lo perdonará.

Pensó: ¿y si tiene razón el hombre? Qué farsa. ¿Cómo pudo dar con mi prima? Deben haber pasado nueve años desde que se nos fue la pobre. ¿Mi prima Gianina? ¿Estás seguro de lo que dices, como sea que te llames? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? A ver, papeles, por favor. Identifíquese, ciudadano. Siguió cavilando, calculando el tiempo que le quedaba por decidir, envuelta por la bruma sobrecogedora, la que mata por gusto, respirando el mohín que volaba en el aire de las seis y ensopada en el aroma de las tibias tahonas del alba metropolitana. Se fijó con más precisión en los ojos totalitarios de Cristo Moreno y se guió por el instinto de sus latidos:

—¿A dónde, María Estela? —le preguntó el chofer.

—A donde diga este hombre.

—Hacia Villa el Salvador —indicó en ese instante don Cristo Moreno.

* * *

«¿Estás loca?, ¿te pasa algo?, ¿no tomaste desayuno?, ¿estás flechada por el galán cuarentón de la novela de las nueve y desvarías, María Estela?». El asistente agitaba las manos en un ademán prolífico que decía mucho más de lo que expresaba con los labios. «Yo ya estaba convencida de

que no estaba cuerda desde hace tiempo», le respondió ella, mientras observaba el cambio sin disimulos del rostro de la ciudad. Enrumbaron hacia aquel distrito descomunal surgido de la nada. Tenía una historia particular: fundado sobre un arenal infructuoso, los pobladores iniciales —en su mayoría inmigrantes del interior del país que fugaban de la violencia o la pobreza— se las habían ingeniado para construir un imperio de casitas de estera que poco a poco fue adquiriendo forma de una nueva ciudad. Esta no solo soportó el látigo árido de su naturaleza, sino que tuvo su propia época roja. Entre fines de los ochenta y principios de los noventa, Sendero Luminoso asaltó a golpes a la población, tratando de imponer su doctrina atroz y sus principios antropófagos, cobrando cuotas de sangre para controlar a las masas, pintando mensajes agrios en las paredes y amedrentando a fuerza de tiros a cualquier persona común y corriente que se le opusiera.

«¿Estás segura, segurísima, María Estela?», le volvió a preguntar el técnico Eyzaguirre. «Carajo, te digo que sí», enérgica ella, indómita a fuerza de decenas de empujones, gases lacrimógenos, malas palabras, atropellos contra el ejercicio de la libertad de expresión. «Por último, la sogá al cuello la voy a tener yo. Solamente yo. ¿No es cierto? Yo voy a ser la maltratada, la granpateada y, por último, la despedida». Cristo Moreno seguía imperturbable, mirando a través del cristal en el asiento posterior y solo intervenía para indicar por dónde debían doblar. Se trasladaron por una pista ancha y moderna, salpicada por la arenisca del desierto que se negaba a agonizar, hasta que ingresaron a un barrio de pobres dinámicos y anónimos. El desorden comenzaba apenas al despertar, con los repartidores de periódicos, los perros vagabundos, los beodos sempiternos que opacaban el humo de los emolientes con su tufo a ron de quemar.

El técnico y el camarógrafo dejaron de insistir, sabían que era inútil combatir las resoluciones de María Estela. Optaron por decirle la vela verde a Cristo Moreno, y si no amenazaron con golpearlo, fue porque Moreno tenía unas

manos enormes, como de boxeador. «¿Seguro que es por aquí, señor?». «Como que su madre es mujer», respondía él, sin desviar la mirada del trayecto, los ojos negros volcánicos, fosforescentes con fondo autoritario que formaban un juego de té con la voz exacta y concisa. María Estela estaba quieta, pensando que jugaba a la ruleta. Su propia índole la estaba llevando a asumir el riesgo. La complexión no congruente con su feminidad respingada. Si por eso era reportera, un oficio no apto para damas delicadas con tendencia al modelaje. ¿No había tantas cabezas huecas en la ciudad de Lima?

Se había lanzado al ruedo, aunque ahora le provocaba retroceder y decirle al moreno ese que decía llamarse Cristo que mejor otro día, si no me despiden. Tenía la misma curiosidad que los gatos de una sola vida. Podía asumir el riesgo, mentir, perderse o lanzarse al barro.

Al final de la pista, ingresaron por un revoltijo de callezuelas de casas sin acabados y niños famélicos que iban al colegio con sus trazas plomas, confundidos con el pronóstico meteorológico: humedad al cien por ciento y cielo permanentemente gris. Allí donde las construcciones penetraban en un cerro anónimo encontraron un inmueble de un piso, con el letrero dorado de la Pascua navideña colgando de la ventana, a pesar de que era junio. No se diferenciaba de las demás viviendas paupérrimas que la circundaban.

La zona de entrada les llevó la primera desilusión. En la sala vacía, oliendo a hollín, estaba esperándolos Teófilo Bernabé Chura, con un atuendo impecablemente viejo. Lo vio, cobrizo y taciturno, y ni siquiera le llamó la atención su perfil ambiguo ni su frente marcada por tres rayas horizontales que le unían ambas sienas. Apenas había un par de sillas distintas entre sí, una mesa desnuda para las comidas de mañana, tarde y nunca, la calavera de ladrillo de las paredes mal cimentadas, el punto de luz ennegrecido por un cortocircuito y ninguna otra cosa rescatable que se pudiera llevar. «Uy, María Estela, creo que la jodiste», murmuró el camarógrafo.

Sin embargo, la noticia no estaba allí, sino en el cuarto contiguo, en la única habitación que tenía puerta y seguro con llave. Cuando pasaron, se encontraron con lo que bien podía fluctuar entre una antigua nave espacial, un tanque de guerra ruso o un taller de electrónico. Un intrincado caos de alambres y alambiques y consolas y botones y controles y palancas se esparcía en un desorden inexorable, incomprendible, inaudito. Había luces que parpadeaban de la misma forma en que otros aditamentos daban vida a las agujas de los controladores. Por encima, una pantalla de televisor adaptada emitía la imagen de un ser sin cabellos y desnudo. María Estela se fue acercando.

—Este es el sistema dimensional para el contacto con humanos no visibles —dijo Teófilo Bernabé.

—Mejor dicho, una máquina para ver a los muertos, como la que está viendo ahora mismo —concluyó Cristo Moreno.

Seguía aproximándose, cuidando de no tropezar, paso a paso, hasta que la imagen de la pantalla la llamó por el nombre que solamente usaban sus allegados.

—Hola, Marité.

—¿Gianina? ¿Prima?

—Primita.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Cómo sé si esto no es un engaño?

Del otro lado de la pantalla, Gianina Robinson comenzó a recitar: *la gallina que no come trigo ni maíz, que se vaya a su país, qué país, qué país*. Dictó todas las fórmulas secretas de las palmaditas con las que se entendían durante su niñez feliz en la gran casa blanca de Rinconada del Lago y, para mejores señas, le hizo recordar el viejo juego de la casa de las muñecas, el árbol genealógico de la familia, el primer romance con Harold de Padua, el hijo del diplomático, las tardes en que jugaban a ser mujeres en el Regatas Lima.

—¡Primita Gianina! ¡Pero si tú estás muerta!

—Nunca lo estuve, primita. Solo me cambié de lugar.

Los minutos siguientes fueron sísmicos, eternos, cáusticos, confusos, tétricos y emocionantes. Había demasiadas

preguntas que hacer, demasiadas decisiones por tomar, demasiados asuntos por aclarar. Era descomunal. El escaso tiempo que les quedaba se parecía al estertor crucial de la propia agonía. «¿Qué harás, prima?». Anonadada, Marité Amat se puso a recordar, nueve años antes, el féretro viajando en los hombros hasta su ruina, su llanto, el impacto profundo de la desaparición de la prima-hermana querida, consumida por una enfermedad que la arrancó tan niña, tan dulce. «¿No crees que soy yo?». «No sabes cuánto te llore». «Sí, lo sé. Más bien, no sabes cuánto te he visto todo este tiempo». Salió de su abstracción, fiel a su espíritu féreo, retrocedió un paso, uno solamente, y fijó sus ojos en los dos hombres.

—Necesito una autorización del canal para salir con esto al aire. Es bastante delicado.

—Tómelo o déjelo. Y se lo repito: si no es usted, serán otros. Al final, todo se sabe —le dijo Cristo Moreno.

—Prima, de una buena vez el mundo debe saber lo que nos pasa. La realidad debe fluir de una vez por todas —le dijo desde la pantalla Gianina Robinson.

«Ni modo, María Estela». «Ni modo», repitió Marité. A partir de ese momento, las cinco personas presentes en esa habitación pasarían a ser parte de la Historia. «Va a ser un gran golpe de Estado». «Una revolución». «Instala el equipo», dijo ella. Rápidamente colocaron los trípodes elementales, los mandos de transmisión, conectaron el micrófono y comenzaron a contar en retroceso. «Lista la señal». «Estamos al aire».

A las siete y treinta en punto se pudo apreciar su presencia en todas las pantallas del noticiero matutino con el que la vida de un país comenzaba, tal como sucedía a diario desde hacía dos años. El espacio comenzaba con los accidentes de tránsito, con los incendios fatales originados por una vela o un pucho de cigarro mal apagado; seguía con los resultados del fútbol, las huelgas por las vindicaciones de las reivindicaciones, las denuncias congresales, las denuncias ambientales, las denuncias policiales, los violadores de menores, los agujeros ultravioletas de la capa de

ozono; y se diluía en los secretos para la piel, en las recetas culinarias, los comentarios de las películas, las modas primavera-verano y los concursos de belleza. Ni en sus pronósticos más desquiciados, nadie imaginaba que ese día se iba a llegar más allá de la luna.

Cuando el narrador de noticias la vio —lo recordaría algunos años más tarde, cuando todavía se conmemoraba la magna fecha—, supuso que habría algo especial, no sabía qué, pero se lo dejó a sus propios instintos. Por el interno le preguntó: «¿Esa es la huelga o es la casa de un obrero asesinado?», y ella le respondió: «Nada de eso. Lo que sí, ahora recién sé que Dios verdaderamente existe». No comprendió. La dejó continuar. Marité se cercioró de que el micrófono estuviera operativo y, por primera vez en dos años —mujer predestinada, cabal, segura de sí misma, que convertía en una friolera las más enervadas pasiones—, sintió un temblor de manos. Un temblor de manos que se le trasladó a la voz. Hizo un esfuerzo sobrehumano para que no se le quebraran las cuerdas vocales, para tensarlas hasta transformarlas en hebras de metal, y así, dijo estas palabras y no las que consignan ahora los libros de Historia: *Señores televidentes del país y todos quienes nos ven por la Cadena Sur y a través del cable y de la Internet, en estos momentos tengo el honor de presentarles a este inventor. El señor... ¿Teófilo Bernabé Chura?... Sí, así se llama y lo que tienen aquí es nada menos que un sistema que permite ver el alma de los muertos. Exactamente como lo escuchan. A partir de hoy, ya nada será lo mismo.*

Sin pensar, profirió un breve discurso que afloró de sus nervios; el micrófono bien apretado, con los dedos haciendo fuerza para que no se le cayera de las manos, la vida que se le iba y venía por una torrentera, los dientes firmemente agarrados de las encías, el diafragma convertido en una bola de acero, el corazón pétreo, los senos enhiestos, las uñas aplomadas, los cartílagos de la nariz afilados, los muslos contraídos.

—¿Estás segura de lo que dices, María Estela? —la conminó el narrador.